

BIBLIOTECA
BICENTENARIO



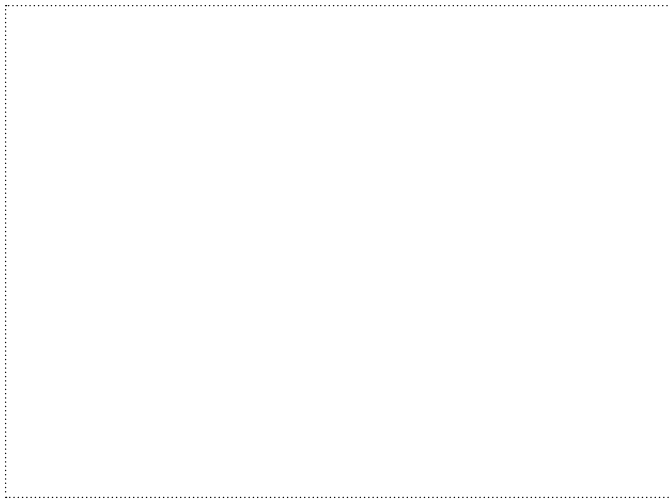
CONMEMORACIÓN DE LA INDEPENDENCIA
DE COLOMBIA

1810 - 2010

BIBLIOTECA BICENTENARIO

VOLUMEN IO

La victoria de Junín



DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Rubén Sierra Mejía

COMPILADOR

Rubén Sierra Mejía

EDITORES

Ana Cecilia Calle

Francisco Thaine

COMITÉ EDITORIAL

Rubén Sierra Mejía

Roberto Burgos Cantor

Fernando Cubides

Camilo Baquero

Luis Eduardo Hoyos

Fabían Sanabria

Jorge Rojas

DECANO

Sergio Bolaños

VICEDECANO

Jorge Enrique Rojas

DISEÑO

Carlos Ramos Velásquez

Nathalia Rodríguez

CENTRO EDITORIAL

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Universidad Nacional de Colombia

Sede Bogotá, Ed. 205, of. 222,

tel: 3165000 ext. 16208

Bogotá, julio de 2010

La victoria de Junín

José Joaquín Olmedo



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
2010

Contenido

Prólogo

Jorge Enrique Rojas Otálora 7

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

La victoria de Junín. Canto a Bolívar 25

Al Excelentísimo señor Libertador Simón Bolívar 57

Al Excelentísimo señor Simón Bolívar, Libertador 63

Fragmentos de una carta 65

SIMÓN BOLÍVAR

Cuzco, 12 de julio de 1825 71

Cuzco, 27 de junio de 1825 75



LA INFLUENCIA DE LA Ilustración promovió el desarrollo científico y la creación de espacios de debate intelectual. Se dieron dos etapas en este proceso: la primera entre 1767, año de la expulsión de los jesuitas, y 1790, cuando se produjo una nueva orientación en la política cultural de la monarquía española; la segunda etapa culminó en 1808, momento en el que la invasión napoleónica generó la crisis política en España y planteó nuevos rumbos a las colonias americanas.

En la primera etapa, la dinámica cultural estuvo centrada en la creación de una nueva categoría intelectual de nobleza secular que sustentara las reformas que proponía la Corona. En nuestro medio, José Celestino Mutis, a partir de su llegada a Santafé, se convirtió en difusor de esta nueva visión del conocimiento y de la investigación. La segunda fase estuvo marcada por el ascenso al trono de Carlos IV, en 1788, y la nueva coyuntura generada por la Revolución francesa, que produjo en las monarquías europeas una reacción de sospecha frente a los hombres de letras y originó una nueva especie de despotismo ilustrado que terminó por diluir las propuestas reformistas que se habían planteado en la primera etapa. En este contexto se ubica al poeta guayaquileño José

Joaquín de Olmedo, nacido en 1780 de padre español y madre criolla; estudió en Quito en el colegio de los dominicos, en Lima en el Colegio de San Carlos y en la Universidad de San Marcos, en donde obtuvo el grado de Doctor en Leyes en 1805. Aunque en un principio sus intereses giraban en torno a los estudios literarios, tuvo que dedicarse a la vida pública cuando fue elegido como representante de Guayaquil en las Cortes de Cádiz.

José Joaquín de Olmedo, así como Andrés Bello, hace parte de una generación que se formó en la estética neoclásica, pero que fue capaz de superar ese condicionamiento cuando se vio enfrentada a la necesidad de asumir un compromiso político a través de la literatura. En la medida en que el equilibrio y la armonía predicados por el neoclasicismo no parecían ajustarse a la nueva época, su influencia empezó a declinar a comienzos del siglo XIX, cuando aparecieron signos de la nueva sensibilidad romántica, más propicia a la expresión de los conflictos que surgieron luego de la Revolución francesa.

La valoración de José Joaquín de Olmedo como poeta ha tenido algunos altibajos, y con mayor frecuencia la crítica tiende a señalar sus limitaciones. José Miguel Oviedo, por ejemplo, considera que «era desabrido de inspiración, aparatoso pero más bien vacío; su invención verbal excedía la fuerza de su visión y muchas veces la sofocaba»¹. Por el contrario, Teodosio Fernández considera que en el *Canto a Bolívar* Olmedo «consiguió un lenguaje adecuado al tema: impetuoso, vigoroso, sonoro, notable conjunción de aciertos narrativos y entusiasmo heroico»².

1 José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana. 1. De los orígenes a la Emancipación*. 4ª reimpresión. Madrid: Alianza, 2005. p. 352.

2 Teodosio Fernández, *La poesía hispanoamericana (hasta final del Modernismo)*. Historia Crítica de la Literatura Hispánica 30. Madrid: Taurus, 1989. p. 45.



El texto de Olmedo

Como se sabe, Olmedo compuso en el año de 1825 el poema *La victoria de Junín. Canto a Bolívar* para celebrar la victoria del 6 de agosto anterior, alcanzada en contra del ejército español. Este texto, elaborado en un tono indiscutiblemente neoclásico, hace parte de las 83 composiciones que constituyen el total de su producción, y es el que realmente le ha dado la fama.

El canto a Bolívar se inicia con una apelación a la cordillera de los Andes que funge como eterno testigo de esa grandiosa lucha que presenció; continúa con una invocación a la Musa, en el más puro estilo neoclásico, y con una muy precisa referencia al oficio de Píndaro como encargado de conferir fama eterna a aquél que ha alcanzado la victoria. Después de este proemio aparece la figura de Bolívar:

¿Quién es aquél que el paso lento mueve
sobre el collado que a Junín domina?
¿que el campo desde allí mide, y el sitio
del combatir y del vencer desina?
¿que la hueste contraria observa, cuenta,
y en su mente la rompe y desordena,
y a los más bravos a morir condena,
cual águila caudal que se complace
del alto cielo en divisar la presa
que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya desciende
pronto y apercebido a la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
nube tremenda; el brillo de su espada
es el vivo reflejo de la gloria;
su voz un trueno, su mirada un rayo.
¿Quién aquél que al trabarse la batalla,
ufano como nuncio de victoria,

un corcel impetuoso fatigando,
discurre sin cesar por toda parte...?
¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,
mirad allí los duros opresores
de vuestra patria; bravos Colombianos
en cien crudas batallas vencedores,
mirad allí los enemigos fieros
que buscando venís desde Orinoco:
suya es la fuerza y el valor es vuestro,
vuestra será la gloria;
pues lidiar con valor y por la patria
es el mejor presagio de victoria.
Acometed, que siempre
de quien se atreve más el triunfo ha sido;
quien no espera vencer, ya está vencido». (vv. 92-125)

Con esta arenga del libertador se inicia el relato de la Batalla de Junín, que se prolonga hasta el verso 333. Cuando ya los patriotas reclaman el triunfo y lo asocian con la paz que persiguen, el texto subraya el valor de la victoria:

«Victoria, paz —clamaban—,
paz para siempre. Furia de la guerra,
húndete al hondo averno derrocada.
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.
Paz para siempre. La sanguínea espada,
o cubierta de orín ignominioso,
o en el útil arado transformada
nuevas leyes dará. Las varias gentes
del mundo, que a despecho de los cielos
y del ignoto ponto proceloso,



abrió a Colón su audacia o su codicia,
todas ya para siempre recobraron
en Junín libertad, gloria y reposo». (vv. 340-352)

La portentosa voz del Inca refuta la esperanza de los soldados. Aquí se inicia lo que he denominado el mito. Esta parte se prolonga por más de 500 versos —más de la mitad del poema— y consta de dos momentos. El primero es la arenga del Inca:

«Gloria, mas no reposo» —de repente
clamó una voz de lo alto de los cielos—;
355 y a los ecos los ecos por tres veces
«Gloria, mas no reposo», respondieron. (vv. 353-356)

[...]

Así place al destino. ¡Oh! ved al cóndor,
al peruviano rey del pueblo aerio,
a quien ya cede el águila el imperio,
vedle cuál desplegando en nuevas galas
las espléndidas alas,
sublime a la región del sol se eleva
y el alto augurio que os revelo aprueba.

Marchad, marchad, guerreros,
y apresurad el día de la gloria;
que en la fragosa margen de Apurímac
con palmas os espera la victoria». (vv. 744-754)

El segundo momento, por su parte, lo constituye la intervención de las vírgenes del Sol que cantan alabanzas al dios del Perú, le ruegan que por fin llegue la paz e invitan a la ciudad de Lima a aclamar al libertador:

Dijo el Inca; y las bóvedas etéreas
de par en par se abrieron,
en viva luz y resplandor brillaron
y en celestiales cantos resonaron.
Era el coro de cándidas Vestales,
las vírgenes del Sol, que rodeando
al Inca como a Sumo Sacerdote,
en gozo santo y ecos virginales
en torno van cantando
del Sol las alabanzas inmortales. (vv. 755-764)

[...]
Cesó el canto; los cielos aplaudieron
y en plácido fulgor resplandecieron.
Todos quedan atónitos; y en tanto
tras la dorada nube el Inca santo
y las santas Vestales se escondieron. (vv. 875-879)

Con todo, lo más importante es que en este fragmento se incluye la profecía de la victoria de Ayacucho, precisamente el texto que tanta polémica generó:

¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!
Campo serás de gloria y de venganza...
Mas no sin sangre... ¡Yo me estremeciera
si mi ser inmortal no lo impidiera!

Allí Bolívar en su heroica mente
mayores pensamientos revolviendo,
el nuevo triunfo trazará, y haciendo
de su genio y poder un nuevo ensayo,
al joven Sucre prestará su rayo,
al joven animoso,



a quien del Ecuador montes y ríos
dos veces aclamaron victorioso. (vv. 496-507)

Éste es el punto central de la elaboración mítica por parte de Olmedo. Dentro del relato de la victoria de Junín, aparece el Inca para anunciar la nueva batalla que, por intermedio de Sucre, terminará de consolidar la gesta americana. Pero también se incluye una importante reflexión que el autor pone en boca de la divinidad indígena para enlazar el pasado con ese futuro glorioso que debe esperar a las republicas americanas, en el caso de que logren desempeñarse en la paz con tanto éxito como lo han hecho en la guerra:

Ésta es la hora feliz. Desde aquí empieza
la nueva edad al Inca prometida
de libertad, de paz y de grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida,
la rebelde cerviz hispana hollaste,
grande gloria alcanzaste;
pero mayor te espera, si a mi Pueblo,
así cual a la guerra lo conformas
y a conquistar su libertad le empeñas,
la rara y ardua ciencia
de merecer la paz y vivir libre,
con voz y ejemplo y con poder le enseñas.

Yo con riendas de seda regí el pueblo,
y cual padre le amé, mas no quisiera
que el cetro de los Incas renaciera;
que ya se vio algún Inca, que teniendo
el terrible poder todo en su mano,
comenzó padre y acabó tirano.
Yo fui conquistador, ya me avergüenzo

del glorioso y sangriento ministerio,
pues un conquistador, el más humano,
formar, mas no regir debe un imperio. (vv. 629-650)

De nuevo, el político Olmedo parece hablar, por interpuesta persona, con el objeto de proponer un futuro para la patria americana. Se debe evocar aquí ese rasgo de la percepción del tiempo que Bajtin denomina «el hipérbaton histórico»³ (299), según el cual el pensamiento mitológico y artístico ubica en el pasado lo que solamente puede o debe ser realizado en el futuro, y constituye así una meta o imperativo, y no una realidad histórica. En este caso, el Inca insiste en que rigió a su pueblo «con riendas de seda», pero también declara que se avergüenza de haber sido un conquistador. Desde la perspectiva que señala Bajtin, el artista pondera un ideal en el pasado para proponerlo como modelo del futuro: dirigir al pueblo con riendas de seda y evitar convertirse en un nuevo conquistador. Se puede pensar que Olmedo, artista y político a la vez, se permite formular consejos sabios para los futuros gobernantes.

El autor enriquece la composición de su texto relacionando Historia y mito de tal modo que se iluminen recíprocamente. Mediante el contraste entre la tradición indígena y la lucha de los criollos, interpreta el presente a la luz del pasado para expresar una enseñanza que quiere dejar al auditorio. Con ese fin, la gesta de Independencia es exaltada por la declaración del Inca, así como los griegos resaltaban las victorias de los atletas en las competencias antiguas.

3 Bajtin, Mijail, *Teoría y estética de la novela*. Traducción de Helena S. Kriukova y Vicente Cazcarra. Madrid: Taurus, 1989. p. 299.



La polémica

El jesuita ecuatoriano Aurelio Espinosa Pólit, en su introducción a *Poesías Completas* de José Joaquín de Olmedo, publicadas en 1947, recoge la polémica que se desató en torno a la composición de *La victoria de Junín. Canto a Bolívar*. Allí señala con acierto cómo fue el propio Bolívar quien inició las objeciones sobre la estructura del texto, y reseña la forma en que el autor se defendió. En el interesante debate, que se prolongó durante el siglo XIX, intervinieron Miguel Antonio Caro, quien defendió la posición del libertador, Andrés Bello, en apoyo de Olmedo, e incluso Rafael Pombo, a quien Espinosa denomina «el más inteligente y el más decidido defensor de Olmedo»⁴.

La discusión, reseñada por Espinosa en su prólogo, se desarrolló en torno a la inclusión del Inca Huayna Cápac dentro del poema; parece ser que Bolívar se sintió incómodo por el hecho de que se dedicara una buena parte del trabajo a la participación del dignatario indígena, lo cual podría convertirlo en el verdadero protagonista. Dice Bolívar: «El Inca Huayna Cápac parece ser el asunto del poema: él es el genio, él es la sabiduría, él es el héroe en fin»⁵. Por su parte, la defensa de Olmedo señala varios aspectos interesantes, como la indicación de que intentó desarrollar «una idea rara y pindárica», asunto al que volveré más adelante, pero ante todo explica la razón de la presencia del Inca en el poema. La emoción patriótica le instó a exaltar la victoria de Bolívar en Junín, pero cuando estaba trabajando en este proyecto se produjo la Batalla de Ayacucho, que selló en forma definitiva la derrota del Imperio español. Gracias a esto, entendió la necesidad de mencionar esa circunstancia en su can-

4 Aurelio Espinosa Pólit, «Prólogo» a José Joaquín Olmedo. *Poesía completas*. 2ª edición. México: Fondo de Cultura Económica, 1947. p. liii.

5 Simón Bolívar, «Carta del 12 de julio de 1825», en *El Repertorio Colombiano*, t. 3: p. 148.

to, y aunque el héroe de este combate fue el mariscal Sucre, para Olmedo es claro que el gestor de toda la campaña es Bolívar. Se le presenta de este modo un dilema formal en la medida en que la unidad de asunto le impide desarrollar dos temas, por lo cual acude a lo que él consideró una idea afortunada, y desarrolla un plan que no duda en calificar de «grande y bello»⁶. Olmedo, entonces, utiliza la figura del Inca para profetizar, desde Junín, la victoria de Ayacucho y para señalar la importancia de la libertad que se conquista, además de subrayar la necesidad de un proyecto unificador que asegure el futuro de las naciones americanas «con un lazo federal que no hagan sino un solo pueblo, libre por sus instituciones, feliz por sus leyes y riquezas, respetado por su poder»⁷. Para José Miguel Oviedo, es claro que aquí Bolívar, siguiendo a Boileau, defiende el modo clásico de la oda, mientras que Olmedo quiere expresar los caprichos de la fantasía y el desborde de los sentimientos. El crítico peruano observa que: «En este gesto de independencia respecto de los modelos corrientes en España y las costumbres aceptables de su época, hay un gesto de signo prerromántico que debe reconocerse como la verdadera novedad que traía Olmedo»⁸.

El epinicio

Uno de los problemas más debatidos en la literatura griega es el de la composición del epinicio, el canto a la victoria como virtud suprema que consagraba a los vencedores en los juegos olímpicos. La investigación ha comprobado que consta de tres partes: 1. el programa narrativo: las alabanzas del atleta, de su patria y de su familia; 2. el mito; y 3. las máximas de carácter general

6 José Joaquín de Olmedo, «Carta a Bolívar de 31 de enero» y «Carta a Bolívar de 15 de mayo de 1825», en *El Repertorio Colombiano*, t. 2: pp. 292 y 294-295.

7 Olmedo, «Carta a Bolívar de 15 de mayo de 1825», en *El Repertorio Colombiano*, t. 2: pp. 294-295.

8 Oviedo, p. 352.



y las alusiones del poeta a su trabajo artístico. Con todo, el aspecto más disputado ha sido el del papel que juega el mito dentro del epinicio. En su reciente trabajo «La función del mito en el epinicio», Fernando García Romero plantea la pregunta: «¿Es el mito una mera digresión, que poco o nada tiene que ver con las partes no míticas, o se trata de un elemento esencial para la inteligencia del poema?, ¿cuál es, en definitiva, su función en la oda?»⁹. Pues bien, ya desde la Antigüedad los filólogos alejandrinos pensaban que la presencia del mito en la obra de Píndaro obedecía al deseo de adornar el poema con un bello relato, de tal modo que el mito se convertía en una digresión irrelevante, pues consideraban esta inclusión poco pertinente para el significado del texto.

Los comentaristas del siglo XIX refutaron esta opinión a partir de razones históricas y biográficas que «interpretaban el relato mítico como una alegoría de un suceso contemporáneo o de las circunstancias de la vida del vencedor»¹⁰. En el siglo XX, la polémica se desarrolló en un sentido contrario, y se insistió en la heterogeneidad y, por lo tanto, en la falta de unidad del epinicio. Ulrich von Wilamowitz, el gran especialista alemán, concluye que el epinicio es un conjunto de escenas que incluyen, a veces, brillantes pasajes, dentro de los cuales el mito no se destaca de manera particular.

A partir de estos planteamientos se desarrolla un proceso que a lo largo del siglo XX llevó a los estudiosos a ampliar las perspectivas de estudio, especialmente en relación con el contexto histórico, en la medida en que el epinicio es un poema de ocasión que se desarrolla en una circunstancia determinada y ante un público específico. Hoy en día se ha llegado a una serie de conclusiones que aquí parecen pertinentes.

9 Fernando García Romero, «La función del mito en el epinicio», en *Mitos en la literatura griega arcaica y clásica*. Madrid: Ediciones Clásicas, 2002. p. 160.

10 García, p. 161.

García Romero considera que el papel del mito en el epinicio solamente se puede dilucidar mediante el análisis pormenorizado de cada oda concreta, en especial de aquéllas en las que el mito parece no estar articulado con la temática principal, para establecer, en cada caso, las relaciones que puedan existir entre las partes míticas y no míticas. Diversos analistas han señalado las relaciones a veces complejas que se dan entre las partes míticas y no míticas, y concluyen que, con frecuencia, los poetas «elegían un determinado relato y lo componían de una determinada manera teniendo siempre presentes las partes no míticas del poema, *a las que el mito ilumina mediante la analogía o el contraste*»¹¹.

En este sentido, «la función principal que el mito desempeña en el epinicio es la de servir de *paradigma*, es decir, de ejemplificación que ilustre de manera concreta ante el auditorio las afirmaciones de carácter general que hace el poeta»¹². Estas afirmaciones pueden estar relacionadas directamente con la victoria del atleta o con sus circunstancias personales, con su patria, con su familia, «[...] o bien pueden tener un valor más general y *expresar una enseñanza que el poeta quiere impartir al auditorio*»¹³.

En este orden de ideas, Olmedo utiliza la misma concepción del epinicio como espejo en el que se pueden ver las hazañas de los patriotas que luchan por la independencia americana, y en particular la gesta bolivariana. La función del poema es destacar la victoria de Junín, pero particularmente sus repercusiones en los objetivos que persiguen los criollos.

Se hace evidente que Olmedo sigue un modelo estrictamente pindárico. Es claro que, después del proemio, Olmedo traza su programa narrativo entre los versos 126 y 333, en los que exalta la figura de Bolívar y señala que cantará sus hazañas.

11 García, p. 163. (El énfasis es mío).

12 García, p. 163.

13 García, p. 163. (El énfasis es mío).



Viene en seguida el mito, con más de 500 versos, y tan sólo en los últimos 30 versos del texto el poeta se permite hacer una referencia a su lira y al cumplimiento feliz de su misión:

[...]

yo volveré a mi flauta conocida,
libre vagando por el bosque umbrío
de naranjos y opacos tamarindos,
o entre el rosal pintado y oloroso
que matiza la margen de mi río,
o entre risueños campos, do en pomposo
trono piramidal y alta corona,
la piña ostenta el cetro de Pomona,
y me diré feliz si mereciere,
el colgar esta lira en que he cantado
en tono menos dino
la gloria y el destino
del venturoso pueblo americano,
yo me diré feliz si mereciere
por premio a mi osadía
una mirada tierna de las Gracias
y el aprecio y amor de mis hermanos,
una sonrisa de la Patria mía,
y el odio y el furor de los tiranos. (vv. 888-906)

Sin embargo, debo decir que es dentro del relato mítico donde Olmedo introduce una serie de opiniones y comentarios que se convierten en consejos para el bien de la patria americana y deseos para su feliz desarrollo. Por ejemplo:

Por no trillada senda, de la gloria
al templo vuelas, ínclito Bolívar:
que ese poder tremendo que te fía
de los Padres el íntegro senado,

si otro tiempo perder a Roma pudo,
en su potente mano
es a la Libertad del Pueblo escudo. (vv. 651-657)

Olmedo, quien ya había tenido un enfrentamiento con Bolívar a raíz de la anexión de Guayaquil, no resiste la tentación de darle un consejo civilista. Otro ejemplo, los versos 707-718:

Será perpetua, ¡oh pueblos! esta gloria
y vuestra libertad incontrastable
contra el poder y liga detestable
de todos los tiranos conjurados
si en lazo federal, de polo a polo,
en la guerra y la paz vivís unidos;
vuestra fuerza es la unión. Unión, ¡oh pueblos!
para ser libres y jamás vencidos.
Esta unión, este lazo poderoso
la gran cadena de los Andes sea,
que en fortísimo enlace, se dilatan
del uno al otro mar. [...]

Aquí la opinión de Olmedo es la del estadista con visión: claramente expresa la necesidad de la unión para hacer frente a las potencias coloniales. Y, finalmente, los versos 808-815:

Dios del Perú, sostén, salva, conforta
el brazo que te venga,
no para nuevas lides sanguinosas,
que miran con horror madres y esposas,
sino para poner a olas civiles
límites ciertos, y que en paz florezcan
de la alma paz los dones soberanos,
y arredre a sediciosos y a tiranos.



En éstos, subraya el gran objetivo del Olmedo político: la consolidación de la paz y de la libertad.

En síntesis, Olmedo utiliza el relato mítico para enlazar, mediante la figura del Inca, los dos asuntos: Junín y Ayacucho. Por medio de la profecía de Huayna-Cápac, rinde tributo a Bolívar, vencedor directo de la primera batalla, y de la segunda a través de la figura de Sucre. Pero al mismo tiempo, y utilizando claramente la estructura del epinicio pindárico mediante una afortunada intuición artística, evoca un pasado glorioso para proponer un paradigma de conducta para las nuevas repúblicas americanas.

El lector podrá contrastar la creación estética de Olmedo con las reflexiones teóricas contenidas en sus cartas al Libertador y tomar partido en esta polémica que parece un aspecto menor en la valoración del poema, pero que muestra algo de esa vanidad de Bolívar que lo induce a incursionar en la crítica literaria. Mientras que el Libertador defiende su lugar como figura central en el poema, Olmedo defiende la grandeza de su proyecto estético. Es interesante constatar de qué manera la historia termina haciendo justicia, pues si bien Bolívar no requirió del poema de Olmedo para afianzar su gloria, para el poeta la repercusión de *La Victoria de Junín* si fue un elemento esencial de su trascendencia como representante de la literatura de su época.

JORGE ENRIQUE ROJAS OTÁLORA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

José Joaquín
Olmedo

1780 - 1847





El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.

- 5 Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
la hispana muchedumbre
que, más feroz que nunca, amenazaba,
a sangre y fuego, eterna servidumbre,
y el canto de victoria
- 10 que en ecos mil discurre, ensordeciendo
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.
Las soberbias pirámides que al cielo
- 15 el arte humano osado levantaba
para hablar a los siglos y naciones
—templos do esclavas manos
deificaban en pompa a sus tiranos—,
ludibrio son del tiempo, que con su ala
- 20 débil, las toca y las derriba al suelo,

después que en fácil juego el fugaz viento
borró sus mentirosas inscripciones;
y bajo los escombros, confundido
entre la sombra del eterno olvido
25 —¡oh de ambición y de miseria ejemplo!—
el sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente
a la región etérea se levanta,
que ven las tempestades a su planta
30 brillar, rugir, romperse, disiparse,
los Andes, las enormes, estupendas
moles sentadas sobre bases de oro,
la tierra con su peso equilibrando,
jamás se moverán. Ellos, burlando
35 de ajena envidia y del protervo tiempo
la furia y el poder, serán eternos
de libertad y de victoria heraldos,
que con eco profundo,
a la postrema edad dirán del mundo:

40 «Nosotros vimos de Junín el campo,
vimos que al desplegarse
del Perú y de Colombia las banderas,
se turban las legiones altaneras,
huye el fiero español despavorido,
45 o pide paz rendido.
Venció Bolívar, el Perú fue libre,
y en triunfal pompa Libertad sagrada
en el templo del Sol fue colocada».



¿Quién me dará templar el voraz fuego
50 en que ardo todo yo? Trémula, incierta,
torpe la mano va sobre la lira
dando discorde son. ¿Quién me liberta
del dios que me fatiga...?

Siento unas veces la rebelde Musa,
55 cual bacante en furor, vagar incierta
por medio de las plazas bulliciosas,
o sola por las selvas silenciosas,
o las risueñas playas
que manso lame el caudaloso Guayas;
60 otras el vuelo arrebatada tiende
sobre los montes, y de allí desciende
al campo de Junín, y ardiendo en ira,
los numerosos escuadrones mira,
que el odiado pendón de España arbolan,
65 y en cristado morrión y peto armada,
cual amazona fiera,
se mezcla entre las filas la primera
de todos los guerreros,
y a combatir con ellos se adelanta,
70 triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,
donde el guerrero sólo y el poeta
eran dignos de honor y de memoria,
la musa audaz de Píndaro divino,
75 cual intrépido atleta,
en inmortal porfía
al griego estadio concurrir solía;
y en estro hirviendo y en amor de fama

y del metro y del número impaciente,
80 pulsa su lira de oro sonora
y alto asiento concede entre los dioses
al que fuera en la lid más valeroso,
o al más afortunado;
pero luego, envidiosa
85 de la inmortalidad que les ha dado,
ciega se lanza al circo polvoroso,
las alas rapidísimas agita
y al carro vencedor se precipita,
y desatando armónicos raudales
90 pide, disputa, gana,
o arrebatada la palma a sus rivales.

¿Quién es aquél que el paso lento mueve
sobre el collado que a Junín domina?
¿que el campo desde allí mide, y el sitio
95 del combatir y del vencer desina?
¿que la hueste contraria observa, cuenta,
y en su mente la rompe y desordena,
y a los más bravos a morir condena,
cual águila caudal que se complace
100 del alto cielo en divisar la presa
que entre el rebaño mal segura paze?
¿Quién el que ya descende
pronto y apercebido a la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
105 nube tremenda; el brillo de su espada
es el vivo reflejo de la gloria;
su voz un trueno, su mirada un rayo.
¿Quién aquél que al trabarse la batalla,
ufano como nuncio de victoria,



110 un corcel impetuoso fatigando,
discurre sin cesar por toda parte...?
¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?
Sonó su voz: «Peruanos,
mirad allí los duros opresores
115 de vuestra patria; bravos Colombianos
en cien crudas batallas vencedores,
mirad allí los enemigos fieros
que buscando venís desde Orinoco:
suya es la fuerza y el valor es vuestro,
120 vuestra será la gloria;
pues lidiar con valor y por la patria
es el mejor presagio de victoria.
Acometed, que siempre
de quien se atreve más el triunfo ha sido;
125 quien no espera vencer, ya está vencido».

Dice, y al punto, cual fugaces carros,
que dada la señal, parten y en densos
de arena y polvo torbellinos ruedan,
arden los ejes, se estremece el suelo,
130 estrépito confuso asorda el cielo,
y en medio del afán cada cual teme
que los demás adelantarse puedan:
así los ordenados escuadrones
que del iris reflejan los colores
135 o la imagen del sol en sus pendones,
se avanzan a la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,
quién, que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! no, jamás; que en la pelea
los arrastra y anima e importuna

140 de Bolívar el genio y la fortuna.
Llama improviso al bravo Necochea,
y mostrándole el campo,
partir, acometer, vencer le manda,
y el guerrero esforzado,
145 otra vez vencedor, y otra cantado,
dentro en el corazón por patria jura
cumplir la orden fatal, y a la victoria
o a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
150 del atambor en uno y otro bando
y el son de las trompetas clamoroso,
y el relinchar del alazán fogoso,
que erguida la cerviz y el ojo ardiendo
en bélico furor, salta impaciente
155 do más se encruelece la pelea,
y el silbo de las balas, que rasgando
el aire, llevan por doquier la muerte,
y el choque asaz horrendo
de selvas densas de ferradas picas,
160 y el brillo y estridor de los aceros
que al sol reflectan sanguinosos visos,
y espadas, lanzas, miembros esparcidos
o en torrentes de sangre arrebatados,
y el violento tropel de los guerreros
165 que más feroces mientras más heridos,
dando y volviendo el golpe redoblado,
mueren, mas no se rinden... todo anuncia
que el momento ha llegado,
en el gran libro del destino escrito,



170 de la venganza al pueblo americano,
de mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,
hijas del negro averno, me inflamara,
y mi pecho y mi musa enardeciera
175 en tartáreo furor, del león de España,
al ver dudoso el triunfo, me atreviera
a pintar el rencor y horrible saña.
Ruge atroz, y cobrando
más fuerza en su despecho, se abalanza,
180 abriéndose ancha calle entre las haces,
por medio el fuego y contrapuestas lanzas;
rayos respira, mortandad y estrago,
y sin pararse a devorar la presa,
prosigue en su furor, y en cada huella
185 deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el Argentino valeroso
recuerda que vencer se le ha mandado,
y no ya cual caudillo, cual soldado
los formidables ímpetus contiene
190 y uno en contra de ciento se sostiene,
como tigre furiosa
de rabiosos mastines acosada,
que guardan el redil, mata, destroza,
ahuyenta sus contrarios, y aunque herida,
195 sale con la victoria y con la vida.

Oh capitán valiente,
blasón ilustre de tu ilustre patria,
no morirás, tu nombre eternamente

en nuestros fastos sonará glorioso,
200 y bellas ninfas de tu Plata undoso
a tu gloria darán sonoro canto
y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido Miller aparece
y el desigual combate restablece.
205 Bajo su mando ufana
marchar se ve la juventud peruana
ardiente, firme, a perecer resuelta,
si acaso el hado infiel vencer le niega.
En el arduo conflicto opone ciega
210 a los adversos dardos firmes pechos,
y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son éstos los garzones delicados
entre seda y aromas arrullados?
¿los hijos del placer son esos fieros?
215 Sí, que los que antes desatar no osaban
los dulces lazos de jazmín y rosa
con que amor y placer los enredaban,
hoy ya con mano fuerte
la cadena quebrantan ponderosa
220 que ató sus pies, y vuelan denodados
a los campos de muerte y gloria cierta,
apenas la alta fama los despierta
de los guerreros que su cara patria
en tres lustros de sangre libertaron,
225 y apenas el querido
nombre de libertad su pecho inflama,
y de amor patrio la celeste llama
prende en su corazón adormecido.



Tal el joven Aquiles
230 que en infame disfraz y en ocio blando
de lánguidos suspiros,
los destinos de Grecia dilatando,
vive cautivo en la beldad de Sciros:
los ojos pace en el vistoso alarde
235 de arreos y de galas femeniles
que de India y Tiro y Menfis opulenta
curiosos mercadantes le encarecen;
mas a su vista apenas resplandecen
pavés, espada y yelmo, que entre gasas
240 el Itacense astuto le presenta,
pásmase... se recobra, y con violenta
mano el templado acero arrebatando,
rasga y arroja las indignas tocas,
parte, traspasa el mar y en la troyana
245 arena muerte, asolación, espanto
difunde por doquier; todo le cede...
aun Héctor retrocede...
y cae al fin, y en derredor tres veces
su sangriento cadáver profanado,
250 al veloz carro atado
del vencedor inexorable y duro,
el polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía
del nombre y las hazañas portentosas
255 de tantos capitanes, que este día
la palma del valor se disputaron
digna de todos... Carvajal... y Silva...
y Suárez... y otros mil... Mas de improvisó

la espada de Bolívar aparece
260 y a todos los guerreros,
como el sol a los astros, oscurece.

Yo acaso más osado le cantara,
si la meonia Musa me prestara
la resonante trompa que otro tiempo
265 cantaba al crudo Marte entre los Traces,
bien animando las terribles haces,
bien los fieros caballos, que la lumbre
de la égida de Palas espantaba.

Tal el héroe brillaba
270 por las primeras filas discurriendo.
Se oye su voz, su acero resplandece,
do más la pugna y el peligro crece.
Nada le puede resistir... Y es fama,
—¡oh portento inaudito!—
275 que el bello nombre de Colombia escrito
sobre su frente, en torno despedía
rayos de luz tan viva y refulgente
que, deslumbrado el español, desmaya,
tiembla, pierde la voz, el movimiento,
280 sólo para la fuga tiene aliento.

Así cuando en la noche algún malvado
va a descargar el brazo levantado,
si de improviso lanza un rayo el cielo,
se pasma y el puñal trémulo suelta,
285 hielo mortal a su furor sucede,
tiembla y horrorizado retrocede.



Ya no hay más combatir. El enemigo
el campo todo y la victoria cede;
huye cual ciervo herido, y a donde huye,
290 allí encuentra la muerte. Los caballos
que fueron su esperanza en la pelea,
heridos, espantados, por el campo
o entre las filas vagan, salpicando
el suelo en sangre que su crin gotea,
295 derriban al jinete, lo atropellan,
y las catervas van despavoridas,
o unas en otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto,
y al impulso del aire, que vibrando
300 sube en clamores y alaridos lleno,
tremen las cumbres que respeta el trueno.
Y discurriendo el vencedor en tanto
por cimas de cadáveres y heridos,
postra al que huye, perdona a los rendidos.

305 Padre del universo, Sol radioso,
dios del Perú, modera omnipotente
el ardor de tu carro impetuoso,
y no escondas tu luz indeficiente...
Una hora más de luz... —Pero esta hora
310 no fue la del destino. El dios oía
el voto de su pueblo; y de la frente
el cerco de diamante desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora,
en mayor disco menos luz ofrece
315 y veloz tras los Andes se oscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche:
y las reliquias del perdido bando,
con sus tristes y atónitos caudillos,
corren sin saber dónde, espavoridas,
320 y de su sombra misma se estremecen;
y al fin en las tinieblas ocultando
su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la patria! ¡oh Dios, victoria!
¡Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria!

325 Ya el ronco parche y el clarín sonoro
no a presagiar batalla y muerte suena
ni a enfurecer las almas, mas se estrena
en alentar el bullicioso coro
de vivas y patrióticas canciones.
330 Arden cien pinos, y a su luz, las sombras
huyeron, cual poco antes desbandadas
huyeron de la espada de Colombia
las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,
335 el nombre de Bolívar repitiendo
y las hazañas de tan claro día,
los jefes y la alegre muchedumbre
consumen en acordes libaciones
de Baco y Ceres los celestes dones.

340 «Victoria, paz —clamaban—,
paz para siempre. Furia de la guerra,
húndete al hondo averno derrocada.
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.



Paz para siempre. La sanguínea espada,
345 o cubierta de orín ignominioso,
o en el útil arado transformada
nuevas leyes dará. Las varias gentes
del mundo, que a despecho de los cielos
y del ignoto ponto proceloso,
350 abrió a Colón su audacia o su codicia,
todas ya para siempre recobraron
en Junín libertad, gloria y reposo».

«Gloria, mas no reposo» —de repente
clamó una voz de lo alto de los cielos—;
355 y a los ecos los ecos por tres veces
«Gloria, mas no reposo», respondieron.
El suelo tiembla, y cual fulgentes faros,
de los Andes las cúspides ardieron;
y de la noche el pavoroso manto
360 se transparenta y rásgase y el éter
allá lejos purísimo aparece,
y en rósea luz bañado resplandece.
Cuando improviso, veneranda Sombra,
en faz serena y además agosto,
365 entre cándidas nubes se levanta:
del hombro izquierdo nebuloso manto
pende, y su diestra aéreo cetro rige;
su mirar noble, pero no sañudo;
y nieblas figuraban a su planta
370 penacho, arco, carcaj, flechas y escudo;
una zona de estrellas
glorificaba en derredor su frente
y la borla imperial de ella pendiente.

- Miró a Junín, y plácida sonrisa
375 vagó sobre su faz. «Hijos —decía—
generación del sol afortunada,
que con placer yo puedo llamar mía,
yo soy Huayna-Cápac, soy el postrero
del vástago sagrado;
380 dichoso rey, mas padre desgraciado.
De esta mansión de paz y luz he visto
correr las tres centurias
de maldición, de sangre y servidumbre
y el imperio regido por las Furias.
- 385 No hay punto en estos valles y estos cerros
que no mande tristísimas memorias.
Torrentes mil de sangre se cruzaron
aquí y allí; las tribus numerosas
al ruido del cañón se disiparon,
390 y los restos mortales de mi gente
aun a las mismas rocas fecundaron.
Más allá un hijo expira entre los hierros
de su sagrada majestad indignos...
Un insolente y vil aventurero
395 y un iracundo sacerdote fueron
de un poderoso Rey los asesinos...
¡Tantos horrores y maldades tantas
por el oro que hollaban nuestras plantas!
- Y mi Huáscar también... ¡Yo no vivía!
400 Que de vivir, lo juro, bastaría,
sobrara a debelar la hidra española
ésta mi diestra triunfadora, sola.
Y nuestro suelo, que ama sobre todos



el Sol mi padre, en el estrago fiero
405 no fue, ¡oh dolor!, ni el solo, ni el primero:
que mis caros hermanos
el gran Guatimozín y Motezuma
conmigo el caso acerbo lamentaron
de su nefaria muerte y cautiverio,
410 y la devastación del grande imperio,
en riqueza y poder igual al mío...
Hoy, con noble desdén, ambos recuerdan
el ultraje inaudito, y entre fiestas
alevosas el dardo prevenido
415 y el lecho en vivas ascuas encendido.

¡Guerra al usurpador! —¿Qué le debemos?
¿luzes, costumbres, religión o leyes...?
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
feroces y por fin supersticiosos!
420 ¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
los sacramentos santos que trajeron.
¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa
de amor y de consuelo para el hombre!
425 ¡cuántos males se hicieron en tu nombre!
¿Y qué lazos de amor...? Por los oficios
de la hospitalidad más generosa
hierros nos dan, por gratitud, suplicios.
Todos, sí, todos; menos uno solo:
430 el mártir del amor americano,
de paz, de caridad apóstol santo,
divino Casas, de otra patria digno;
nos amó hasta morir. — Por tanto ahora
en el empíreo entre los Incas mora.

435 En tanto la hora inevitable vino
que con diamante señaló el destino
a la venganza y gloria de mi pueblo:
y se alza el vengador. —Desde otros mares,
como sonante tempestad, se acerca,
440 y fulminó; y del Inca en la Peana,
que el tiempo y un poder furial profana,
cual de un dios irritado en los altares,
las víctimas cayeron a millares.
«¡Oh campos de Junín!... ¡Oh predilecto
445 Hijo y Amigo y Vengador del Inca!
¡Oh pueblos, que formáis un pueblo sólo
y una familia, y todos sois mis hijos!
vivid, triunfad...». El Inca esclarecido
450 iba a seguir, mas de repente queda
en éxtasis profundo embebecido:
atónito, en el cielo
ambos ojos inmóviles ponía,
y en la improvisa inspiración absorto,
455 la sombra de una estatua parecía.

Cobró la voz al fin. «Pueblos —decía—
la página fatal ante mis ojos
desenvolvió el destino, salpicada
toda en purpúrea sangre, mas en torno
460 también en bello resplandor bañada.
Jefe de mi nación, nobles guerreros,
oíd cuanto mi oráculo os previene,
y requerid los ínclitos aceros,
y en vez de cantos nueva alarma suene;
465 que en otros campos de inmortal memoria



la Patria os pide, y el destino os manda
otro afán, nueva lid, mayor victoria».

Las legiones atónitas oían:
mas luego que se anuncia otro combate,
470 se alzan, arman, y al orden de batalla
ufanas y prestísimas corrieran
y ya de acometer la voz esperan.

Reina el silencio; mas de su alta nube
el Inca exclama: «De ese ardor es digna
475 la ardua lid que os espera;
ardua, terrible, pero al fin postrera.
Ese adalid vencido
vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco,
y en su furia insensata,
480 gentes, armas, tesoros arrebatada,
y a nuevo azar entrega su fortuna;
venganza, indignación, furor le inflaman
y allá en su pecho hirvieron, como fuegos
que de un volcán en las entrañas braman.
485 Marcha; y el mismo campo donde ciegos
en sangrienta porfía
los primeros tiranos disputaron
cuál de ellos solo dominar debía
—pues el poder y el oro dividido
490 templar su ardiente fiebre no podía—,
en ese campo, que a discordia ajena
debió su infausto nombre y la cadena
que después arrastró todo el imperio,
allí, no sin misterio,
495 venganza y gloria nos darán los cielos.

¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!
Campo serás de gloria y de venganza...
Mas no sin sangre... ¡Yo me estremeciera
si mi ser inmortal no lo impidiera!

- 500 Allí Bolívar en su heroica mente
mayores pensamientos revolviendo,
el nuevo triunfo trazará, y haciendo
de su genio y poder un nuevo ensayo,
al joven Sucre prestará su rayo,
505 al joven animoso,
a quien del Ecuador montes y ríos
dos veces aclamaron victorioso.
Ya se verá en la frente del guerrero
toda el alma del héroe reflejada,
510 que él le quiso infundir de una mirada.

- Como torrentes desde la alta cumbre
al valle en mil raudales despeñados,
vendrán los hijos de la infanda Iberia,
soberbios en su fiera muchedumbre,
515 cuando a su encuentro volará impaciente
tu juventud, Colombia belicosa,
y la tuya, ¡oh Perú! de fama ansiosa,
y el caudillo impertérrito a su frente.

- ¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!
520 Cual aturde y espanta en su estallido
de hórrida tempestad el postrer trueno.
Arder en fuego el aire,
en humo y polvo oscurecerse el cielo
y, con la sangre en que rebosa el suelo,



525 se verá al Apurímac de repente
embravecer su rápida corriente.

Mientras por sierras y hondos precipicios,
a la hueste enemiga
el impaciente Córdova fatiga,
530 Córdova, a quien inflama
fuego de edad y amor de patria y fama,
Córdova, en cuyas sienes con bello arte
crecen y se entrelazan
tu mirto, Venus, tus laureles, Marte.
535 Con su Miller los Húsares recuerdan
el nombre de Junín, Vargas su nombre,
y Vencedor el suyo con su Lara
en cien hazañas cada cual más clara.

Allá por otra parte,
540 sereno, pero siempre infatigable,
terrible cual su nombre, batallando
se presenta La Mar, y se apresura
la tarda rota del protervo bando.
Era su antiguo voto, por la patria
545 combatir y morir; Dios complacido
combatir y vencer le ha concedido.
Mártir del pundonor, he aquí tu día:
ya la calumnia impía
bajo tu pie bramando confundida,
550 te sonrío la Patria agradecida;
y tu nombre glorioso,
el armónico canto que resuena
en las floridas margenes del Guayas
que por oírlo su corriente enfrena,

555 se mezclará, y el pecho de tu amigo,
tus hazañas cantando y tu ventura,
palpitará de gozo y de ternura.

Lo grande y peligroso
hiela al cobarde, irrita al animoso.
560 ¡Qué intrepidez! ¡qué súbito coraje
el brazo agita y en el pecho prende
del que su patria y libertad defiende!
El menor resistir es nuevo ultraje.
El jinete impetuoso,
565 el fulmíneo arcabuz de sí arrojando,
lánzase a tierra con el hierro en mano,
pues le parece en trance tan dudoso
lento el caballo, perezoso el plomo.
Crece el ardor. — Ya cede en toda parte
570 el número al valor, la fuerza al arte.

Y el Íbero arrogante en las memorias
de sus pasadas glorias,
firme, feroz resiste, ya en idea,
bajo triunfales arcos, que alzar debe
575 la sojuzgada Lima, se pasea.
Mas su afán, su ilusión, sus artes... nada;
ni la resuelta y numerosa tropa
le sirve. Cede al ímpetu tremendo;
y el arma de Baylén rindió cayendo
580 el vencedor del vencedor de Europa.
Perdió el valor, mas no las iras pierde,
y en furibunda rabia el polvo muerde;
alza el párpado grave, y sanguinosos
ruedan sus ojos y sus dientes crujen;



585 mira la luz, se indigna de mirarla,
acusa, insulta al cielo, y de sus labios
cárdenos, espumosos,
votos y negra sangre y hiel brotando,
en vano un vengador muere invocando.

590 ¡Ah! ya diviso míseras reliquias,
con todos sus caudillos humillados,
venir pidiendo paz; y generoso,
en nombre de Bolívar y la Patria,
no se la niega el Vencedor glorioso,
595 y su triunfo sangriento
con el ramo feliz de paz corona.
Que si Patria y honor le arman la mano
arde en venganza el pecho americano,
y cuando vence, todo lo perdona.

600 Las voces, el clamor de los que vencen,
y de Quinó las ásperas montañas
y los cóncavos senos de la tierra
y los ecos sin fin de la ardua sierra,
todos repiten sin cesar: ¡Victoria!

605 Y las bullentes linfas de Apurímac
a las fugaces linfas de Ucayale
se unen, y unidas, llevan presurosas,
en sonante murmullo y alba espuma,
con palmas en las manos y coronas,
610 esta nueva feliz al Amazonas.
Y el espléndido rey al punto ordena
a sus delfines, ninfas y sirenas
que, en clamorosos plácidos cantares,

tan gran victoria anuncien a los mares.

- 615 ¡Salud, oh Vencedor! ¡oh Sucre! vence,
y de nuevo laurel orla tu frente;
alta esperanza de tu insigne patria,
como la palma al margen de un torrente
crece tu nombre..., y sola, en este día
620 tu gloria, sin Bolívar, brillaría.
Tal se ve Héspero arder en su carrera,
que del nocturno cielo
suyo el imperio sin la luna fuera.

- Por las manos de Sucre la Victoria
625 ciñe a Bolívar lauro inmarcesible.
¡Oh Triunfador! la palma de Ayacucho,
fatiga eterna al bronce de la Fama,
segunda vez Libertador te aclama.

- Ésta es la hora feliz. Desde aquí empieza
630 la nueva edad al Inca prometida
de libertad, de paz y de grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida,
la rebelde cerviz hispana hollaste,
grande gloria alcanzaste;
635 pero mayor te espera, si a mi Pueblo,
así cual a la guerra lo conformas
y a conquistar su libertad le empeñas,
la rara y ardua ciencia
de merecer la paz y vivir libre,
640 con voz y ejemplo y con poder le enseñas.



Yo con riendas de seda regí el pueblo,
y cual padre le amé, mas no quisiera
que el cetro de los Incas renaciera;
que ya se vio algún Inca, que teniendo
645 el terrible poder todo en su mano,
comenzó padre y acabó tirano.
Yo fui conquistador, ya me avergüenzo
del glorioso y sangriento ministerio,
pues un conquistador, el más humano,
650 formar, mas no regir debe un imperio.

Por no trillada senda, de la gloria
al templo vuelas, ínclito Bolívar:
que ese poder tremendo que te fía
de los Padres el íntegro senado,
655 si otro tiempo perder a Roma pudo,
en su potente mano
es a la Libertad del Pueblo escudo.

¡Oh Libertad! el Héroe que podía
ser el brazo de Marte sanguinario,
660 ése es tu sacerdote más celoso,
y el primero que toma el incensario
y a tus aras se inclina silencioso.
¡Oh Libertad! si al pueblo americano
la solemne misión ha dado el cielo
665 de domeñar el monstruo de la guerra
y dilatar tu imperio soberano
por las regiones todas de la tierra
y por las ondas todas de los mares,
no temas, con este héroe, que algún día
670 eclipse el ciego error tus resplandores,

- superstición profane tus altares,
ni que insulte tu ley la tiranía;
ya tu imperio y tu culto son eternos.
Y cual restauras en su antigua gloria
675 del santo y poderoso
Pacha-Cámac el templo portentoso,
tiempo vendrá, mi oráculo no miente,
en que darás a pueblos destronados
su majestad ingénita y su solio,
680 animarás las ruinas de Cartago,
relevarás en Grecia el Areópago,
y en la humillada Roma el Capitolio.
- Tuya será, Bolívar, esta gloria,
tuya romper el yugo de los reyes
685 y, a su despecho, entronizar las leyes;
y la discordia en áspides crinada,
por tu brazo en cien nudos aherrojada,
ante los haces santos confundidas
harás temblar las armas parricidas.
- 690 Ya las hondas entrañas de la tierra
en larga vena ofrecen el tesoro
que en ellas guarda el Sol, y nuestros montes
los valles regarán con lava de oro.
Y el Pueblo primogénito dichoso
695 de Libertad, que sobre todos tanto
por su poder y gloria se enaltece,
como entre sus estrellas,
la estrella de Virginia resplandece,
nos da el ósculo santo
700 de amistad fraternal. Y las naciones



del remoto hemisferio celebrado,
al contemplar el vuelo arrebatado
de nuestras musas y artes,
como iguales amigos nos saludan;
705 con el tridente abriendo la carrera,
la Reina de los mares, la primera.

Será perpetua, ¡oh pueblos! esta gloria
y vuestra libertad incontrastable
contra el poder y liga detestable
710 de todos los tiranos conjurados
si en lazo federal, de polo a polo,
en la guerra y la paz vivís unidos;
vuestra fuerza es la unión. Unión, ¡oh pueblos!
para ser libres y jamás vencidos.
715 Esta unión, este lazo poderoso
la gran cadena de los Andes sea,
que en fortísimo enlace, se dilatan
del uno al otro mar. Las tempestades
del cielo ardiendo en fuego se arrebatan,
720 erupciones volcánicas arrasan
campos, pueblos, vastísimas regiones,
y amenazan horrendas convulsiones
el globo destrozando desde el profundo;
ellos, empero, firmes y serenos
725 ven el estrago funeral del mundo.

Ésta es, Bolívar, aun mayor hazaña
que destrozando el férreo cetro a España,
y es digna de ti solo; en tanto, triunfa...
Ya se alzan los magníficos trofeos
730 y tu nombre, aclamado

- por las vecinas y remotas gentes
en lenguas, voces, metros diferentes,
recorrerá la serie de los siglos
en las alas del canto arrebatado
- 735 Y en medio del conceso numeroso
la voz del Guayas crece
y a las más resonantes enmudece.
- Tú la salud y honor de nuestro pueblo
serás viviendo, y Ángel poderoso
- 740 que lo proteja, cuando
tarde al empíreo el vuelo arrebatas
y entre los claros Incas
a la diestra de Manco te sentares.
- Así place al destino. ¡Oh! ved al cóndor,
- 745 al peruviano rey del pueblo aerio,
a quien ya cede el águila el imperio,
vedle cuál desplegando en nuevas galas
las espléndidas alas,
sublime a la región del sol se eleva
- 750 y el alto augurio que os revelo aprueba.
- Marchad, marchad, guerreros,
y apresurad el día de la gloria;
que en la fragosa margen de Apurímac
con palmas os espera la victoria».
- 755 Dijo el Inca; y las bóvedas etéreas
de par en par se abrieron,
en viva luz y resplandor brillaron
y en celestiales cantos resonaron.



- Era el coro de cándidas Vestales,
760 las vírgenes del Sol, que rodeando
al Inca como a Sumo Sacerdote,
en gozo santo y ecos virginales
en torno van cantando
del Sol las alabanzas inmortales.
- 765 «Alma eterna del mundo,
dios santo del Perú, Padre del Inca,
en tu giro fecundo
gózate sin cesar, Luz bienhechora
viendo ya libre el pueblo que te adora.
- 770 La tiniebla de sangre y servidumbre
que ofuscaba la lumbre
de tu radiante faz pura y serena
se disipó, y en cantos se convierte
la querella de muerte
775 y el ruido antiguo de servil cadena.
- Aquí la Libertad buscó un asilo,
amable peregrina,
y ya lo encuentra plácido y tranquilo,
y aquí poner la diosa
780 quiere su templo y ara milagrosa;
aquí olvidada de su cara Helvecia,
se viene a consolar de la ruína
y en todos sus oráculos proclama
que al Madalén y al Rímac bullicioso
785 ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

¡Oh Padre! ¡oh claro Sol! no desampares
este suelo jamás, ni estos altares.

Tu vivífico ardor todos los seres
anima y reproduce: por ti viven
790 y acción, salud, placer, beldad reciben.
Tú al labrador despiertas
y a las aves canoras
en tus primeras horas,
y son tuyos sus cantos matinales;
795 por ti siente el guerrero
en amor patrio enardecida el alma,
y al pie de tu ara rinde placentero
su laurel y su palma,
y tuyos son sus cánticos marciales.

800 Fecunda, ¡oh Sol! tu tierra,
y los males repara de la guerra.

Da a nuestros campos frutos abundosos,
aunque niegues el brillo a los metales,
da naves a los puertos,
805 pueblos a los desiertos,
a las armas victoria,
alas al genio y a las Musas gloria.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta
el brazo que te venga,
810 no para nuevas lides sanguinosas,
que miran con horror madres y esposas,
sino para poner a olas civiles



límites ciertos, y que en paz florezcan
de la alma paz los dones soberanos,
815 y arredre a sediciosos y a tiranos.
Brilla con nueva luz, Rey de los cielos,
brilla con nueva luz en aquel día
del triunfo que magnífica prepara
a su Libertador la patria mía.
820 ¡Pompa digna del Inca y del imperio
que hoy de su ruina a nuevo ser revive!

Abre tus puertas, opulenta Lima,
abate tus murallas y recibe
al noble triunfador que rodeado
825 de pueblos numerosos, y aclamado
Ángel de la esperanza
y Genio de la paz y de la gloria,
en inefable majestad avanza.
Las musas y las artes revolando
830 en torno van del carro esplendoroso,
y los pendones patrios vencedores
al aire vago ondean, ostentando
del sol la imagen, de iris los colores.
Y en ágil planta y en gentiles formas
835 dando al viento el cabello desparcido,
de flores matizado,
cual las horas del sol, raudas y bellas,
saltan en derredor lindas doncellas
en giro no estudiado;
840 las glorias de su patria
en sus patrios cantares celebrando
y en sus pulidas manos levantando,

albos y tersos como el seno de ellas
cien primorosos vasos de alabastro
845 que espiran fragantísimos aromas,
y de su centro se derrama y sube
por los cerúleos ámbitos del cielo
de ondoso incienso transparente nube.

Cierran la pompa espléndidos trofeos
850 y por delante en larga serie marchan
humildes, confundidos,
los pueblos y los jefes ya vencidos:
allá procede el Ástur belicoso,
allí va el Catalán infatigable
855 y el agreste Celtíbero indomable
y el Cántabro feroz, que a la romana
cadena el cuello sujetó el postrero,
y el Andaluz liviano
y el adusto, severo Castellano;
860 ya el áureo Tajo cetro y nombre cede,
y las que antes, graciosas
fueron honor del fabuloso suelo,
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo
se esconden silenciosas;
865 y el grande Betis viendo ya marchita
su sacra oliva, menos orgulloso,
paga su antiguo feudo al mar undoso.

El sol suspenso en la mitad del cielo
aplaudirá esta pompa —¡Oh Sol! ¡oh Padre!
870 tu luz rompa y disipe
las sombras del antiguo cautiverio,



tu luz nos dé el imperio,
tu luz la libertad nos restituya;
tuya es la tierra y la victoria es tuya».

- 875 Cesó el canto; los cielos aplaudieron
y en plácido fulgor resplandecieron.
Todos quedan atónitos; y en tanto
tras la dorada nube el Inca santo
y las santas Vestales se escondieron.
- 880 Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,
humilde musa mía? ¡Oh! no reveles
a los seres mortales
en débil canto, arcanos celestiales.
Y ciñan otros la apolínea rama
- 885 y siéntense a la mesa de los dioses,
y los arrulle la parlera fama,
que es la gloria y tormento de la vida;
yo volveré a mi flauta conocida,
libre vagando por el bosque umbrío
- 890 de naranjos y opacos tamarindos,
o entre el rosal pintado y oloroso
que matiza la margen de mi río,
o entre risueños campos, do en pomposo
trono piramidal y alta corona,
- 895 la piña ostenta el cetro de Pomona,
y me diré feliz si mereciere,
el colgar esta lira en que he cantado
en tono menos dino
la gloria y el destino
- 900 del venturoso pueblo americano,
yo me diré feliz si mereciere



por premio a mi osadía
una mirada tierna de las Gracias
y el aprecio y amor de mis hermanos,
905 una sonrisa de la Patria mía,
y el odio y el furor de los tiranos.

Al Excelentísimo señor Libertador Simón Bolívar.



GUAYAQUIL, MAYO 15, 1825

Mi querido señor y muy respetado amigo:

Ya habrá usted visto el parto de los montes. Yo mismo no estoy contento de mi composición, y así no tengo derecho de esperar de nadie ni aplauso ni piedad. Buena desgracia ha sido que en más de dos meses no haya tenido dos días de retiro, de quietud, ni de abstramiento de toda cosa terrena para habitar en la región de los espíritus. Cuando el entusiasmo es interrumpido a cada paso por atenciones impertinentes, no puede inspirar nada grande, nada extraordinario: feliz quien en tal situación no se arrastra. Pero cuando el entusiasmo se sostiene y está desembarazado por algún tiempo de toda impresión extraña, nunca deja de venir el momento de los milagros. En el primer caso la musa va corriendo por los valles o trepando por las montañas, va registrando los árboles, los lagos y los ríos; su viaje es largo y quizá fastidioso. En el segundo, no: tiende sus alas, remonta el vuelo, desdeña la tierra, salva los montes, visita el sol, abre los cielos, y si le place se hunde a los infernos un instante para suspender el lloro y los tormentos de los condenados. Yo me he visto en el primer caso; así mi canto ha salido largo y frío, o lo que

es peor, mediocre. Quizá si hubiera podido retirarme al campo quince días, habría hecho más que en tres meses; habría espiado el momento feliz, y en sólo trescientos versos habría corrido un espacio mucho mayor del que he corrido en ochocientos. Devuelvo, cedo y traspaso la parte de inmortalidad que me prometí al principio. Triunfe usted solo.

Cuando yo amenacé a usted con arrebatarle parte de su gloria, usted me tendría por un jactancioso; pero como mi jactancia a nadie dañaba, no tengo necesidad de hacer explicaciones sobre este punto. Mas cuando yo dile a usted que el plan que había concebido era grande y sublime, usted quizá lo creería; y como al leer mi poema, usted puede creerme mentiroso, me veo precisado a vindicarme.

Mi plan fue éste. Abrir la escena con una idea rara y pindárica. La Musa arrebatada con la victoria de Junín emprende un vuelo rápido; en su vuelo divisa el campo de batalla, sigue a los combatientes, se mezcla entre ellos y con ellos triunfa. Esto le da ocasión para describir la acción y la derrota del enemigo. Todos celebran una victoria que creían era el sello de los destinos del Perú y de la América; pero en medio de la fiesta una voz terrible anuncia la aparición de un Inca en los cielos. Este Inca es emperador, es sacerdote, es un profeta. Éste, al ver por primera vez los campos que fueron el teatro de los horrores y maldades de la conquista, no puede contenerse de lamentar la suerte de sus hijos y de su pueblo. Después aplaude la victoria de Junín, y anuncia que no es la última. Entra entonces la predicción de la victoria de Ayacucho.

Como el fin del poeta era cantar sólo a Junín, y el canto quedaría defectuoso, manco, incompleto sin anunciar la segunda victoria, que fue la decisiva, se ha introducido el vaticinio del Inca lo más prolijo que ha sido posible para no defraudar la gloria de Ayacucho, y se han mentado los nombres del general



que manda y vence y de los jefes que se distinguieron para dar ese homenaje a su mérito y para darles desde Junín la esperanza de Ayacucho que debe servirles de nuevo aliento y ardor en la batalla. Concluye el Inca deseando que no se restablezca el centro del imperio, que puede llevar el pueblo a la tiranía. Exhorta a la unión, sin la cual no podrá prosperar la América; anuncia la felicidad que nos espera; predice que la Libertad fundará su trono entre nosotros y que esto influirá en la libertad de todos los pueblos de la tierra; en fin, predice el triunfo de Bolívar. Pero la mayor gloria del héroe será unir y atar todos los pueblos de América con un lazo federal, tan estrecho que no hagan sino un solo pueblo, libre por sus instituciones, feliz por sus leyes y riqueza, respetado por su poder.

Apenas concluye el Inca, todos los cielos aplauden: de improviso se oye una armonía celestial; es el coro de las vestales del sol, que rodean al Inca como a su Gran Sacerdote. Ellas entonan las alabanzas del Sol, piden por la prosperidad del imperio y por la salud y gloria del Libertador. En fin, describen el triunfo, que predijo el Inca. Lima abate sus muros para recibir la pompa triunfal: el carro del triunfador va adornado de las Musas y de las Artes; la marcha va precedida de los cautivos pueblos, esto es, todas las provincias de España representadas por los jefes vencidos, etc.

Este plan, mi querido señor, es grande y bello (aunque sea mío). Yo me he tomado la libertad de hacer este análisis porque temo que, a pesar de la perspicacia de usted, usted no conociera toda la belleza de la idea ofuscada con la muchedumbre de los versos, que es el principal defecto, de mi canto. Dispénsese usted, pues: porque yo, descontento de la ejecución, me contento con la bondad del plan, y quisiera fijar las mientes de todos en este solo para evitar la infamia de cualquier modo.

¿Quiere usted saber hasta dónde van los ardidés del amor propio? Pues sepa usted que en la desgracia de no haber hecho

una cosa buena, me consuelo con la idea de que yo podía hacer algo mejor.

Deseo que usted me escriba sobre esto con alguna extensión, diciéndome con toda franqueza todas las ideas que usted quisiera que yo hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de usted, porque en mi viaje pienso limar mucho este canto y hacer en Londres una regular edición, y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de usted.

Como esta composición es toda de usted, yo no he querido tomarme la libertad de imprimirla. Pero me han asaltado varios amigos, y aunque he podido responder a todas sus razones, no he podido contestar a la última. Yo les decía, entre otras cosas, que esa composición era una propiedad de usted, y que yo no podía disponer de ella; y todos me repusieron que usted no tiene propiedad alguna, porque todas sus cosas son comunes entre sus amigos y entre los buenos conciudadanos. Yo dije entre mí: pues si las cosas más apreciables y preciosas de Bolívar no son suyas sino de sus amigos, ¿cómo no lo será este miserable canto? Me han convencido y queda bajo la prensa. Se puede sacar la ventaja de que esta impresión, aunque de muy mala letra, pues no hay otra, sirva de modelo a la que se pudiera hacer en Lima; pues he puesto gran cuidado en la corrección, en la ortografía y demás accidentes para hacerla clara y correcta.

Estoy esperando con ansia los papeles que me remitan de Lima sobre mi comisión. Quisiera que allá aprovecharan de la salida de algún buque para mayor brevedad. Saldré cuanto antes pueda: la vía de Panamá me parece la mejor; pero si en Lima no andan listos, temo que pase el julio sin estar yo en Jamaica; y entonces se pasa la buena estación de navegar por las Antillas. Usted sabe que en agosto no salen buques de Jamaica, y que es preciso esperar a los paquetes que salen cada mes, o cada mes y medio; y que cuando está amagado el mal tiempo suelen retar-



darse más. Yo estoy prevenido de modo que después de recibir mis credenciales, nada tengo que hacer sino embarcarme.

Perdóneme usted una franqueza: ¿cuántas veces después de mi nombramiento se habrá usted acordado del señor Zea? Este ejemplo debe aterrar aun a los que se crean más honrados. Pero, señor, los escollos conocidos del mar sirven para hacer evitar muchos naufragios.

No diga usted que soy tan fastidioso en prosa coma en verso: concluyo, pues, reconociéndome como siempre, su más apasionado y más respetuoso servidor,

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

Al Excelentísimo señor Simón Bolívar, Libertador.



GUAYAQUIL, JUNIO 30, 1825

Mi querido señor y muy respetado amigo:

En mi anterior dije a usted las razones que me obligaron a imprimir el canto de Junín, a pesar de ser una propiedad de usted. Como he hecho algunas variaciones y adiciones de diez o doce versos, he creído que debía presentar a usted un ejemplar, aunque la impresión no merecía ese honor.

Esta impresión ha salido tan mala, que casi toda se ha inutilizado; y he tenido el ímprobo trabajo de ir pintando infinidad de letras con la pluma, imitando la letra de molde, para hacerla inteligible y presentar a usted un ejemplar en la forma que fuere menos indigna del héroe de mi canto. Vuelvo a rogar a usted que me escriba largas observaciones, sobre todo con la mayor franqueza, porque es muy probable que se haga en Londres una edición regular; y yo quisiera que ésta fuese la composición de mi vida.

Hasta ahora no he recibido los despachos del Gobierno ni parece mi compañero Paredes. Cuando recibí en abril el nombramiento de mi comisión, me formé estos jardines alegres. Mientras llega mi aceptación se habrán extendido las instrucciones. El buque que debe llevar a los Diputados del gran Con-

greso al Istmo, estará pronto: saldrá luego de Chorrillos con escala en Guayaquil; me embarco, llego a Panamá a principios de junio; a fines del mismo llego a Jamaica; aprovecho el paquete que sale en julio, y en todo agosto puedo ver en Windsor la casa de Pope. Todo se ha disipado, y tengo ahora el sentimiento de que quizá mi viaje empezará por el mismo tiempo en que yo creía debía estar concluido.

Yo no podía tener, ni podía desear un compañero mejor que Paredes. Sus luces me ilustrarán y su conducta será el ejemplo y el freno de la mía.

La guerra está concluida: por lo mismo, contemplo a usted más ocupado y cuidadoso que nunca. Todas las ventajas del nuevo empréstito penden del aspecto que tomen las cosas del Perú. La guerra gótica dañaría menos al crédito peruano, que las nuevas turbulencias civiles que pudieran levantar la cabeza. Usted debe creerse en la posición de César, que reputaba no haber hecho nada si dejaba algo por hacer.

Toda la familia saluda a usted respetuosamente. Virginia es hoy mi embeleso, como será mi tormento dentro de pocos días. Su hermanita, la Rosita de Ayacucho, si no es muy graciosa, a mí me lo parece; y este engaño o esta verdad será mi segundo tormento.

Adiós, mi muy querido y respetado señor. No olvide usted nunca a su más apasionado y respetuoso amigo y servidor,

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

Fragmentos de una carta



LONDRES, 19 DE ABRIL de 1826

Todas las observaciones de usted sobre el canto de Junín tienen, poco más poco menos, algún grado de justicia. Usted habrá visto que en la fea impresión que remití a usted se han corregido algunas máculas que no me dejó limpiar en el manuscrito el deseo de enviar a usted cuanto antes una cantinela compuesta más con el corazón que con la imaginación. Después se ha corregido más y se han hecho adiciones considerables; pero como no se ha variado el plan, en caso de ser imperfecto, imperfecto se queda. Ni tiempo ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo. Lejos de mi patria y familia, rodeado de sinsabores y atenciones graves y molestísimas, no, señor, no era la ocasión de templar la lira.

El canto se está imprimiendo con gran lujo, y se publicará la semana que entra; lleva el retrato del héroe al frente, medianamente parecido; lleva la medalla que le decretó el Congreso de Colombia y una lámina que representa la aparición y oráculo del Inca en las nubes. Todas estas exterioridades necesita el canto para aparecer con decencia entre gentes extrañas.

Una de las razones que he tenido, a más de las indicadas, para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino ha tenido la fortuna de agradar a paladares delicados y difíciles (será sin duda por su objeto). Rocafuerte, por una doble razón, lo aplaude en términos que me lisonjearían mucho, si él amase menos al héroe y al autor. Otros que se tienen y han tenido por conocedores han hecho y publicado análisis sobre esa composición; y yo me complazco, no por ser alabado, sino por haber cumplido (no muy indignamente) un antiguo y vehemente deseo de mi corazón, y por haber satisfecho esa antigua deuda en que mi Musa estaba con mi patria.

Todos los capítulos de las cartas de usted merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, o para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda como dice su mismo Boileau de usted. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano. Por otra parte, confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un baladrón. El exabrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba a Horacio.

Quería usted también que yo buscara un modelo en el cantor de Henrique. ¿Qué tiene Henrique con usted? Aquel triunfó de una facción, y usted ha libertado naciones. Bien conozco



que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de ésas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad o lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovata*, y al menor extravío me avergonzarían con la gaceta. Por esta razón, esas obras si han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera a media centuria de distancia. ¡Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algún tiempo la fantasía de algún nieto mío!...

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

Simón Bolívar

1783 - 1830





SEÑOR DON JOSÉ JOAQUÍN Olmedo

Mi querido amigo:

Anteayer recibí una carta de Vd. de 15 de mayo, que no puedo menos de llamar extraordinaria, porque Vd. se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es *temoso*, Vd. se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que Vd. ha hecho su gasto y tomado su pena, haré como aquel paisano a quien hicieron rey en una comedia y decía: «Ya que soy rey, haré justicia». No se queje Vd., pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio daré palos de ciego por imitar al rey de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

He oído decir que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas; y su imitador, M. Boileau, me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre sin medida pueda dividir y tronchar a cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

Empezaré usando de una falta oratoria pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo: dejaré mis panegíricos

para el fin de la obra, que, en mi opinión, los merece bien, y prepárese Vd. para oír inmensas verdades, o, por mejor decir, verdades prosaicas, pues Vd. sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré a mis maestros.

Vd. debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: o yo no tengo oído musical, o son... o son renglones oratorios. Páseme Vd. el atrevimiento; pero Vd. me ha dado este poema y yo puedo hacer de él cera y pabilo.

Después de esto, Vd. debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que Vd., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos. El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

Vd. ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El inca Huaina-Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente a la religión que le destruyó; y menos parece propio aun que no quiera el restablecimiento de su trono por dar preferencia a extranjeros intrusos, que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a Vd. nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza. También me permitirá Vd. que le observe que este genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la reina Isabel, y



ya Vd. sabe que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y, sin embargo, no escapó de la crítica.

La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte a la tierra a atronar a los Andes que deben sufrir la sin igual fazaña de Junín. Aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina *Ilíada*; promete poco y da mucho. Los valles y la sierra proclaman a la tierra: el sonsonete no es lindo; y los soldados proclaman al general, pues que los valles y la sierra son los muy humildes servidores de la tierra.

La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo culpa, ¿para qué me ha hecho Vd. rey?

Citemos, para que no haya disputa, por ejemplo el verso 720:

Que al Magdalena y al Rimac bullicioso...

Y este otro, 750:

Del triunfo que prepara glorioso...

Y otros que no cito por no parecer riguroso e ingrato con quien me canta.

La torre de San Pablo será el Pindo de Vd. y el caudaloso Támeis se convertirá en Helicon: allí encontrará Vd. su canto lleno de esplín, y consultando la sombra de Milton hará una bella aplicación de sus diablos a nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas, Vd. se hallará mejor inspirado que por el Inca, que, a la verdad, no sabría cantar más que yaravís. Pope, el poeta del culto de Vd., le dará algunas lecciones para que corrija ciertas caídas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. Vd. me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticón se indignaba de que durmiese el autor de la *Ilíada*, y Vd. sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la *Eneida* después de nueve a diez años de estarla engendrando; así, amigo

mío, lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra; termino mi crítica, o mejor diré mis palos de ciego.

Confieso a Vd. humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un genio lo arrebató a Vd. a los cielos. Vd. conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo; algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos nobles y hermosos; el rayo que el héroe de Vd. presta a Sucre es superior a la cesión de las armas que hizo Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes; aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que Vd. da a Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de La Mar, me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor: aunque los caracteres son diferentes, el caso es semejante; y, por otra parte, ¿no será La Mar un Mentor guerrero?

Permítame Vd., querido amigo, le pregunte ¿de dónde sacó Vd. tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y Vd. la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de Vd. al campo es pindárica, y a mí me ha gustado tanto que la llamaría divina.

Siga Vd., mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las Musas con la traducción de Pope y el canto a Bolívar.

Perdón, perdón, amigo; la culpa es de Vd. que me metió a poeta.

SU AMIGO DE CORAZÓN.

BOLÍVAR

Cuzco, 27 de junio de 1825



SEÑOR JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

Querido amigo:

Hace muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de Vd. y un poema: las cartas son de un político y un poeta, pero el poema es de un Apolo. Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Capac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Vd. dispara... donde no se ha disparado un tiro; Vd. abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; Vd. se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Sucre un Marte; de La Mar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ajax; de Miller un Diomedes, y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina o heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Vd. nos hace a su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, Vd. nos eleva con su deidad mentirosa, como la águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros trase-

ros: Vd., pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, Vd. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles, y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno y Vd. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que Vd. había querido hacer una parodia de la *Ilíada* con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no, no lo creo. Vd. es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de Vd. como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto del «Facistol» de Boileau.

Por todo doy a Vd. las gracias penetrado de una gratitud sin límites.

Yo no dudo que Vd. llenará dignamente su comisión a Inglaterra; tanto lo he creído, que habiendo echado la faz sobre todo el Imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que Vd. Uní a Vd. un matemático, porque no fuese que llevado Vd. de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero, para que no vea con su imaginación sino con sus miembros, y para que no le permita que lo encanten con armonías y metros, y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellajadora de los políticos y de los publicanos.

He llegado ayer al país clásico del sol, de los Incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro; los Incas son los virreyes o prefectos; la fábula es la historia de Garcilaso; la historia la relación de la destrucción de los indios por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía, todo me recuerda altas



ideas, pensamientos profundos; mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco Capac, Adán de los indios, salió de su Paraíso titicaco y formó una sociedad histórica, sin mezcla de fábula sagrada o profana.

Dios lo hizo hombre; él hizo su reino, y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de que no tenemos ni idea, ni modelo ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece, porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que, con más o menos poesía, acabo de decir a Vd.

Tenga Vd. la bondad de presentar esta carta al señor Paredes y ofrezco a Vd. las sinceras expresiones de mi amistad.

BOLÍVAR

LA VICTORIA DE JUNÍN

PERTENECE A LA COLECCIÓN «BIBLIOTECA
BICENTENARIO», EDITADA POR
EL CENTRO EDITORIAL DE LA FACULTAD
DE CIENCIAS HUMANAS DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE COLOMBIA. EL TEXTO FUE
COMPUESTO CON TIPOS ADOBE JENSON PRO,
ADOBE CASLON PRO Y CLOISTER OPEN FACE.
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LA FUNDACIÓN
CULTURAL JAVERIANA DE ARTES GRÁFICAS
(JAVEGRAF), BOGOTÁ, EN JULIO
DEL AÑO MMX, CON MOTIVO
DEL BICENTENARIO DE LA
INDEPENDENCIA DE COLOMBIA.

